

33 UNIVERSIDADES EN HISPANOAMÉRICA

En toda la América Hispánica, entre 1538 y 1824, año este el postrero de la dominación española, se fundaron treinta y tres universidades. Si a ellas se agregan algunos colegios máximos o institutos de mayor envergadura, esa cifra se elevaría fácilmente a medio centenar de centros de máximo saber [...]. Treinta y tres universidades para una población que no pasaba de los quince millones de habitantes, da una proporción que supera todo cálculo, ya que, aun en los tiempos llamados de la libertad y de igualdad que vivimos, solo Estados Unidos y el Japón ofrecen cifras que parecerían poderse poner a la par con las que ofrecen las provincias ultramarinas españolas. España, justicieramente tan medida y considerada en otorgar el título y los privilegios de universidad a grandes y prestigiosos centros de cultura existentes en la Península, fue generosa, hasta con exceso, en autorizar la fundación de universidades en América.

La América Hispánica que, en el siglo XVI fue la de los soldados, en los siglos XVII y XVIII fue la de los doctores. Las seis universidades establecidas en el decurso del siglo XVI hicieron esa transformación, y las catorce que surgieron, en el correr del siglo XVII, grandemente incrementaron y robustecieron esa nota doctoral, y las once universidades creadas, en el siglo XVIII y principios del XIX, llegaron a alarmar a algunos estadistas y pedagogos, como al obispo San Alberto, ya que se vio lo contraproducente que

era la excesiva facilidad en la multiplicación de doctores, con detrimento de los agricultores e industriales.

LAS UNIVERSIDADES HISPANOAMERICANAS

En el siglo XVI, cuando la población americana no llegaba aún al medio millón de españoles y criollos, surgió la Universidad de Santo Domingo (1538) «*ad instar Universitatis de Alcalá*», con todos los privilegios y prerrogativas de la de Alcalá; en 1551 se funda la de San Pablo de México, cuyo establecimiento había ya agenciado en 1533 con Carlos V el gran obispo Zumárraga; en 1553 se estrenó la de San Marcos en la ciudad de Lima, aunque no tomó forma vigorosa hasta los tiempos del virrey Toledo; en 1558 surgió la Universidad de Santiago de la Paz, en Santo Domingo; en 1580 la de Santa Fe de Bogotá, financiada espléndidamente por el rico comerciante Gaspar de Núñez, y ocho años más tarde, esto es, en 1588, nació en Quito la Universidad de San Fulgencio, que fue, sin duda, el menos vigoroso y prestigioso de entre los grandes centros de estudios superiores que hubo en la América Hispánica del siglo XVI.

En el curso de la siguiente centuria abren sus anchas puertas la Universidad de Santa Catalina, en Mérida de Yucatán (1622), la de San Javier o Javeriana en Bogotá (1622), la de San Ignacio Loyola en Córdoba de Tucumán (1622), la de San Javier en Charcas o Chuquisaca, hoy Sucre (1624),

la de San Miguel en Santiago de Chile (1625), la de San Borja, en Guatemala (1625), la de San Idelfonso en Puebla de los Ángeles (1625), la de Nuestra Señora del Rosario en Bogotá (1651), la de San Carlos en Guatemala (1676), la de San Cristóbal de Guamanga (1681), la de Santo Domingo, en Quito (1688), la de San Pedro y San Pablo, en México (1678), la jesuítica de Guadalajara (1696) y la de San Antón en el Cuzco (1696).

A fines del siglo XVII, cuando toda la población hispanoamericana no llegaba a los diez millones de almas, ya se habían fundado veintiuna universidades, y aunque alguna, como la fundada en Santo Domingo en 1538, se había apagado, y otra llevara una vida enclenque, como la mencionada de San Fulgencio, todas las restantes se abrían paso, no obstante las dificultades económicas, que afectaban a algunas de ellas, como a las de Córdoba y Santiago de Chile.

En 1704, en Quito, se fundó la Universidad de San Gregorio; en 1721, en Caracas, la de Santa Rosa; en 1726, en Celaya de México, la de San Francisco de Asís; en 1728, en La Habana, la de San Jerónimo; en 1730, en Concepción de Chile, la de Concepción; en 1738, en Santiago de Chile, la de San Felipe; en 1745, en Popayán, Colombia, la de San José; en 1747, en Santo Domingo, la llamada Universidad de Gorjon, en 1749, en Panamá, la de San Javier; en 1806, en Mérida, la de San Bartolomé; en 1812, en Nicaragua, la de San Carlos, y en 1827, en Arequipa, la Universidad de San Agustín, cuya inauguración retardó la situación militar del Perú.



Aunque la mayoría de estas universidades solo tenían una concurrencia que frisaba en los quinientos estudiantes, estos eran verdaderamente tales, y el entusiasmo académico era tan grande, por lo general, que contagiaba aun a personas ajenas a la universidad. En Córdoba acudían las gentes de las poblaciones vecinas a los actos académicos, como hoy se acude a los partidos de fútbol, y las tres universidades que hubo en Quito, lejos de competir entre sí con desmedro las unas de las otras, todas tres, a causa de la frecuencia de actos públicos, siempre concurridos, llegaron a perturbar la vida civil y sobre todo la económica, y fue menester apagar los fervores de profesores y estudiantes a fin de que la vida normal no sufriera detrimento.

ERA EL ESPÍRITU UNIVERSITARIO ESPAÑOL

Era el espíritu universitario español que se bilocaba maravillosamente con presencia simultánea en España y en América, o era el gigantesco saber de aquella que, con un pie en la Península y con el otro en América, dominaba en ambos mundos, desde los primeros momentos de la Conquista.

Quienes hablan de los hombres de esta como de espíritu depravado, grandes solo para el mal, como cantó Quintana antes de pronunciar, a raíz de la invasión napoleónica, su triple *mea culpa*, olvidan que, si bien es cierto que con Colón y con algunos de los primeros conquistadores, pasaron ciertos hombres desalmados,

determinados prófugos de la justicia, también es cierto que, por cada uno de esos indeseables, llegaron cientos de hombres de grandes virtudes y de eximio saber, quienes trajeron a la virgen América, no ya un fragmento o una parcela del saber español y europeo, sino su integridad.

Por eso conceptuamos un error remontar la tradición universitaria americana a 1810, y grave error también hacerlo a 1710 o 1610, ya que de facto se remonta al siglo XIII su tradición, triunfos y fracasos, de ensayos fallidos y de ilusiones rotas, de doctrinas que habrían de perdurar y de ideas que habrían de morir, o habrían ya muerto. Las universidades americanas no nacieron en tierras americanas sino que vinieron en plena madurez, retoños cubiertos de ramas y hojas, y con luengas raíces, vinieron desde Salamanca, Alcalá, Valladolid, Barcelona, Cervera, con todo el historial del pensamiento en el que, durante centurias, se había nutrido lo más representativo de las élites intelectuales y los hombres más sobresalientes de la vida civilizada de España y de la Europa toda. Hubo abolengo, no por lo antiguo del concepto vulgar sino como fuerza moral, como estímulo a un ideal de perfección que se comenzó allá en el siglo XIII, el más grande de los siglos, ya que en él la humanidad llegó a su clímax, que nunca termina como historia de la cultura, ya que sin ella no hay pueblo con personalidad, y el pueblo hispano-americano lo tuvo tan propia, y tan vigorosa que reconocemos que

no hubo en el Río de la Plata, y otro tanto habría de ocurrir en México, en Nueva Granada, en Chile, en Perú, generación como la de 1810, y ella toda entera, con todas sus grandezas y con sus innegables fallas, insignificantes estas en parangón con aquellas, fue el fruto de la escuela, del colegio y de las universidades coloniales, y si el árbol hay que juzgarlo por sus frutos, ante frutos tan opimos, no superados aún, como los de 1810, hemos de reconocer la extraordinaria bondad de aquella educación primaria, secundaria y universitaria, y aunque con matices diversos al caso rioplatense, fue de igual prestancia el chileno, el peruano, el neogranadino y el mexicano. Todos aquellos hombres eran de la misma envergadura espiritual, moral, intelectual y práctica, porque todos aquellos hombres fueron plasmados en la universidad hispano-americana.

«CUERPO, ESPÍRITU Y CONDUCTA»

Sospechamos que más de uno de nuestros lectores considerará más que extremo cuanto llevamos dicho, y allá, en la recóndita alcoba de su pensar, como decía Shakespeare, tendrá hasta lástima de esas universidades de otrora, comparadas con las opulentas y frondosísimas de hoy día, sin percatarse sin embargo de que aquellas eran genuinas universidades, mientras que no pocas de las de hoy son débiles réplicas. ¿Qué es una universidad? Se pregunta tan buen conocedor del paño, como Juan P. Ramos, y responde: una



universidad es un cuerpo, es un espíritu, es una conducta. Etimológicamente la palabra universidad no deriva de universalidad de materias o asignaturas, sino de universalidad de estudiantes o reunión general de los tales, y, más que la enciclopedia científica, interesaba la ciencia, y el entusiasmo de maestros y alumnos, y nada importaba el que unos y otros fueran nobles o plebeyos, con tal que la posesión del saber acompañara a los maestros y el afán de saber impulsara a los alumnos. Ni en España, ni en los demás países europeos se consideraba como esencial a una universidad el que contara con un alto número de facultades, ya que no eran pocas en Europa como en América, las que solo tenían dos o tres, como acaece hoy en los Estados Unidos con muchas universidades, pero lo que sí se consideró como esencial es que una de ellas fuera la de teología, porque era esta la que había de aglutinar y dar unidad a todas las demás, y por eso fueron otra teológicas todas las universidades europeas, y siguen siendo tales las mejores de Inglaterra, de Alemania, de Bélgica, de Estados Unidos.

CONDUCTA DE ESPAÑA EN LA FUNDACIÓN DE UNIVERSIDADES

España fue manirrota en la fundación de escuelas, colegios y universidades, pero para establecer estas postrera reconocamos que fue muy precavida y solo al 'comprobar que una entidad daba todas las garantías de seriedad y de perpetuidad,

aprobaba su fundación, y aun entonces *ad tempus*. Había prudencia, excesiva tal vez en algunos casos, pero jamás hubo ni asomos de monopolio, equivalente a dictadura intelectual, como lo ha habido y aún lo hay en algunos países de origen hispanoamericano. Se procuraba evitar los abusos de la improvisación, de la vanidad y de la presunción, mucho más aún los afanes de cultura superior que pudiera basarse en razones menos nobles, como el lucro, pero una vez asegurado este punto, dejaba a todos la más omnímoda libertad para enseñar y para aprender. Dos elementos contribuyeron muy eficazmente a dar un mayor impulso a las universidades americanas: la mayor población y los mayores recursos temporales: un alumnado adecuado que fuera acicate para el profesor y una retribución también adecuada, que permitiera al profesor consagrarse plenamente a su cátedra, fue siempre un ideal y, por lo general, fue una realización. Algunas universidades como las de Lima, México, Guamanga, Chuquisaca, Puebla de los Ángeles, gozaron de rentas cuantiosas, mientras otras, como las de Santo Domingo, Córdoba, Concepción, Panamá, solo tuvieron con que sostener la cabeza sobre el agua, y alguna como la de San Fulgencio de Quito, llegó a ahogarse. San Marcos de Lima contó con un fondo principal de 14 906 pesos, como expresaba un cronista del siglo XVIII, y el capitán de Fuentes y Guzmán, en su Recordación Florida, pondera los méritos del obispo

Francisco Marroquín, fundador de la Universidad de Guatemala, y dice que los crecidos legados que dejó a ese fin, crecieron hasta el año de su erección «al maravilloso cálculo de 173 000 pesos», cantidad exorbitante, incomparablemente superior a la que tuvo universidad alguna, no ya en América, sino en país alguno del orbe, con anterioridad al siglo *lux*. Muy otra era la situación entre nosotros, ya que si la de Charcas contaba con la generosidad de los potosinos, la Universidad de Córdoba no tuvo otros recursos que los que obtenía de la venta de las mulas a los dichos potosinos. Sin embargo, así en Charcas como en Córdoba, toda la enseñanza universitaria era totalmente gratuita.

UN BRILLANTE PASADO CULTURAL

Estos y otros aspectos de la actividad universitaria el Nuevo Mundo quedaron a partir de la Independencia, si no olvidados, cuando menos oscurecidos, y, en algunos casos, menospreciados. Modernamente, y con ocasión, es preciso reconocerlo, de muchas conmemoraciones centenarias, se ha volcado nuevamente la atención al brillante pasado cultural, sin cuya existencia, muchos fenómenos sociales y políticos, incluso el de la Independencia nacional, serían inexplicables.

(Furlong, 1969)